

Esta es una pequeña muestra
del libro *La fe a prueba*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

La fe a prueba

Una exposición del Salmo 73

La fe a prueba

Una exposición del Salmo 73

D. Martyn Lloyd-Jones



EDITORIAL PEREGRINO
LA EXCELENCIA DE LA PALABRA

La fe a prueba

D. Martyn Lloyd-Jones

© 2007 por Editorial Peregrino

© 2026 por Poiema Publicaciones

Editorial Peregrino es un sello editorial de Poiema Publicaciones.

Traducido con el debido permiso del libro *Faith on Trial* © 1965 por Inter-Varsity Press. Todos los derechos reservados. Publicado por Inter-Varsity Press, 38 De Monfort Street, Leicester, Inglaterra, LE1 7GP.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Versión *Reina-Valera* 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas. Las citas marcadas con la sigla LBLA han sido tomadas de *La Biblia de las Américas* © 1986, 1995, 1997 The Lockman Foundation. Usadas con permiso.

Los epígrafes en esta edición no pertenecen a la edición original de esta obra, pero se han incluido para facilitar la comprensión del texto y con absoluta fidelidad al pensamiento del autor.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

ISBN: 979-8-952755-03-1

Impreso en Colombia

SDG

Prefacio	9
1 La exposición del problema (Salmo 73:1-2)	10
2 Hallar un asidero (v. 15)	28
3 La importancia de pensar espiritualmente (vv. 16,17)	44
4 Afrontar todos los hechos (vv. 16-17)	64
5 Comenzar a comprender (vv. 18-20)	82
6 Examen de conciencia (vv. 21-22)	102
7 Alergia espiritual (vv. 21-22)	118
8 "Con todo" (vv. 23-24)	138
9 La perseverancia final de los santos (v. 24)	154
10 Roca de los siglos (vv. 25-26)	172
11 La nueva determinación (vv. 27-28)	188

*Ciertamente es bueno Dios para con Israel,
Para con los limpios de corazón.*

*²En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies;
Por poco resbalaron mis pasos.*

*³Porque tuve envidia de los arrogantes,
Viendo la prosperidad de los impíos.*

*⁴Porque no tienen congojas por su muerte,
Pues su vigor está entero.*

*⁵No pasan trabajos como los otros mortales,
Ni son azotados como los demás hombres.*

*⁶Por tanto, la soberbia los corona;
Se cubren de vestido de violencia.*

*⁷Los ojos se les saltan de gordura;
Logran con creces los antojos del corazón.*

*⁸Se mofan y hablan con maldad de hacer violencia;
Hablan con altanería.*

*⁹Ponen su boca contra el cielo,
Y su lengua pasea la tierra.*

*¹⁰Por eso Dios hará volver a su pueblo aquí,
Y aguas en abundancia serán extraídas para ellos.*

*¹¹Y dicen: ¿Cómo sabe Dios?
¿Y hay conocimiento en el Altísimo?*

*¹² He aquí estos impíos,
Sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas.*

*¹³ Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón,
Y lavado mis manos en inocencia;*

*¹⁴Pues he sido azotado todo el día,
Y castigado todas las mañanas.*

*¹⁵Si dijera yo: Hablaré como ellos,
He aquí, a la generación de tus hijos engañaría.*

*¹⁶Cuando pensé para saber esto,
Fue duro trabajo para mí,*

*¹⁷Hasta que entrando en el santuario de Dios,
Comprendí el fin de ellos.*

*¹⁸Ciertamente los has puesto en deslizaderos;
En asolamientos los harás caer.*

*¹⁹¿Cómo han sido asolados de repente!
Percieron, se consumieron de terrores.*

*²⁰Como sueño del que despierta,
Así, Señor, cuando despertares, menospreciarás su
apariciencia.*

*²¹Se llenó de amargura mi alma,
Y en mi corazón sentía punzadas.*

*²²Tan torpe era yo, que no entendía;
Era como una bestia delante de ti.*

*²³Con todo, yo siempre estuve contigo;
Me tomaste de la mano derecha.*

*²⁴Me has guiado según tu consejo,
Y después me recibirás en gloria.*

*²⁵¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra.*

*²⁶Mi carne y mi corazón desfallecen;
Mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para
siempre.*

*²⁷Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán;
Tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta.*

*²⁸Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien;
He puesto en Jehová el Señor mi esperanza,
Para contar todas tus obras.*

El Salmo 73 trata un problema que ha confundido y desanimado con frecuencia al pueblo de Dios. Es un problema doble: ¿por qué tienen que sufrir los piadosos frecuentemente, especialmente en vista del hecho de que los impíos suelen parecer más prósperos?

Es una declaración clásica de la forma que tiene la Biblia de tratar ese problema. El Salmista relata su propia experiencia, expone su alma a nuestra mirada de una manera sumamente dramática, y nos lleva paso a paso desde la práctica desesperación hasta el triunfo y la certidumbre finales. Paralelamente, también es una gran teodicea. Estos son los motivos de que haya apelado siempre a los predicadores y los asesores espirituales.

La preparación y la predicación de los siguientes sermones, y la exposición de esta provechosa enseñanza durante una serie de cultos dominicales matinales, fue para mí un “trabajo de amor” y de verdadero gozo. Dios utilizó el sermón de esta serie titulado “Con todo” para proporcionar alivio inmediato y un inmenso gozo a un hombre cuya alma estaba experimentando un sufrimiento atroz y se encontraba al borde del colapso. Había viajado unos 9000 km y había llegado a Londres justo el día anterior. Estaba convencido, y lo sigue estando, de que Dios en su infinita gracia le hizo recorrer esa distancia para escuchar el sermón.

Deseo que ese sermón y los demás resulten una “puerta de esperanza” para muchos otros cuyos pies “casi se hayan deslizado” y sus pasos “por poco hayan resbalado”.

D.M. LLOYD-JONES
Westminster Chapel
Mayo de 1965

La exposición del problema

*Ciertamente es bueno Dios para con Israel,
Para con los limpios de corazón.
En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies;
Por poco resbalaron mis pasos.*

El gran valor del libro de los Salmos es que en él vemos a hombres piadosos exponer su experiencia, y ofrecernos el relato de lo que les ha sucedido en su vida y en su lucha espirituales. A lo largo de la Historia, el libro de los Salmos ha sido, pues, un libro de gran valor para el pueblo de Dios. Una y otra vez les ha proporcionado la clase de consuelo y enseñanza que necesitan, y que no pueden hallar en ninguna otra parte. Y bien puede ser, si se me permite conjeturar acerca de ese tipo de cosas, que el Espíritu Santo guiara a la Iglesia primitiva para que adoptara los textos del Antiguo Testamento en parte por ese motivo. Lo que hallamos en la Biblia de principio a fin es el relato de la actuación de Dios con su pueblo. Es el mismo Dios en el Antiguo Testamento que en el Nuevo; y estos santos del Antiguo Testamento eran ciudadanos del Reino de Dios tal como lo somos nosotros mismos. Se nos lleva a un Reino que ya está poblado por personas como Abraham, Isaac y Jacob. El misterio que se reveló a los Apóstoles fue que los gentiles serían coherederos y ciudadanos del Reino junto con los judíos.

Conviene, pues, considerar las experiencias de estas

personas como exactamente análogas a las nuestras. El hecho de que vivieran en la antigua dispensación no supone diferencia alguna. El cristianismo que rechaza el Antiguo Testamento, o aun el cristianismo que imagina que somos esencialmente distintos de los santos del Antiguo Testamento, anda equivocado. Si hay alguien que tenga la tentación de sentirse así, le invitaría a leer el libro de los Salmos, y que luego se pregunte si puede decir con sinceridad que ha experimentado en carne propia algunas de las cosas que dijo el Salmista. ¿Puedes decir: “Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá”? ¿Puedes decir: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía”? Lee los Salmos y las afirmaciones que en él se hacen, y creo que estarás de acuerdo en que estos hombres eran hijos de Dios con una experiencia espiritual muy amplia y rica. Este es el motivo por el que en la práctica de la Iglesia cristiana los hombres y las mujeres han acudido desde el principio al libro de los Salmos en busca de luz, conocimiento e instrucción.

Su especial valor radica en el hecho de que nos ayuda presentándonos su enseñanza principalmente como una enumeración de experiencias. El Nuevo Testamento nos ofrece idéntica enseñanza, solo que en este caso se presenta de una manera más didáctica. Aquí parece descender hasta nuestro nivel cotidiano y práctico. Ahora bien, todos estamos familiarizados con el valor de esto. Hay ocasiones en que el alma está agotada, en que nos sentimos incapaces de asimilar más instrucción directa; estamos tan exhaustos, nuestras mentes están tan cansadas, y quizá nuestros corazones estén tan heridos, que en cierto sentido somos incapaces de hacer el esfuerzo de con-

centrarnos en los principios y considerar las cosas de forma objetiva. Es en tales momentos, especialmente en tales momentos, y a fin de aprender la Verdad de esta manera más personal, cuando las personas que se sienten maltratadas por la vida —golpeadas y zarandeadas por el oleaje de la vida— han acudido a los Salmos. Han leído las experiencias de algunos de estos hombres y han descubierto que también ellos han pasado por cosas muy similares. Y de alguna forma, ese hecho en sí ya les sirve de ayuda y les fortalece. Sienten que no están solos y que lo que les sucede no tiene nada de raro. Comienzan a comprender la verdad de las palabras de consuelo de Pablo a los corintios: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana” (1 Corintios 10:13), y solo comprender eso ya les infunde valor y les renueva en su fe. El libro de los Salmos es de un valor inestimable en este sentido, y vemos cómo las personas acuden constantemente a él.

UN EJEMPLO DE SINCERIDAD

Podríamos detenernos a examinar muchas características de los Salmos. Lo que deseo recalcar especialmente es la extraordinaria sinceridad con que estos hombres nos relatan la verdad acerca de sí mismos sin tapujos. Tenemos un gran ejemplo de eso aquí en el Salmo 73. Este hombre reconoce abiertamente que, en lo que a él respecta, sus pies casi se han deslizado y sus pasos por poco han resbalado. Y luego pasa a decir que era como una bestia ante Dios en su necedad y su ignorancia. ¡Qué sinceridad! Ese es el gran valor de los Salmos. No sé de nada que sea más descorazonador en la vida espiritual que cruzarse con esa clase de personas que parecen dar

la impresión de estar siempre en la cima. Ciertamente, eso no es lo que vemos en la Biblia. La Biblia nos dice que estos hombres conocían el desánimo, y sabían lo que era pasar por terribles problemas y dificultades. Muchos santos en su peregrinaje han agradecido a Dios la sinceridad de los autores de los Salmos. No se limitan a presentarnos una enseñanza ideal que no se reflejara en sus vidas. Las enseñanzas perfeccionistas jamás son verdaderas. Nunca lo son con respecto a las personas que las enseñan, porque sabemos que son criaturas falibles como el resto de nosotros. Presentan su enseñanza de la perfección de forma teórica, pero no se corresponde con su experiencia. Gracias a Dios, los salmistas no hacían eso. Nos dicen la pura verdad acerca de sí mismos; nos dicen la pura verdad acerca de lo que les ha sucedido.

Ahora bien, no hacen esto a fin de exhibirse. La confesión del pecado puede ser una forma de exhibicionismo. Hay algunas personas que están de lo más dispuestas a confesar sus pecados mientras puedan hablar de sí mismas. Se trata de un peligro muy sutil. El Salmista no hace tal cosa; nos dice la verdad acerca de sí mismo porque desea glorificar a Dios. Su sinceridad está regida por eso, puesto que ministra para la gloria de Dios cuando muestra el contraste entre sí mismo y Él.

PARA LA GLORIA DE DIOS

Esto es lo que hace el autor aquí. Advirtamos que comienza con una gran expresión triunfal: *“Ciertamente es bueno Dios para con Israel, para con los limpios de corazón”*, como si dijera: “Bien, tengo una historia que contar; voy a relatar lo que me ha sucedido; pero lo que quiero demostrar es simplemente

esto: la bondad de Dios”. Esto queda particularmente de manifiesto si optamos por otra traducción, probablemente mejor: “Dios es siempre bueno para con Israel, para con los limpios de corazón”. Dios nunca cambia. No existe excepción alguna, no hay matizaciones. “Este es mi planteamiento —dice el hombre—, Dios es siempre bueno para con Israel”. La mayor parte de los salmos comienzan con estas grandes demostraciones de alabanza y de agradecimiento.

Por otro lado, tal como se ha señalado con frecuencia, los Salmos suelen comenzar con una conclusión. Eso suena paradójico, pero no es mi intención parecerlo: es la verdad. Este hombre había tenido una experiencia. Pasó por ella y llegó a este punto. Ahora bien, lo más importante para él es que había llegado a este punto. Comienza, pues, por el final; y luego pasa a contarnos cómo ha llegado allí. Ese es un buen método didáctico; y es siempre el método de los Salmos. El valor de la experiencia es que se trata de un ejemplo de esta verdad en particular. Carece de interés en sí, y al salmista no le interesa la experiencia en tanto que experiencia, sino que es un ejemplo de esta gran verdad acerca de Dios, y ahí reside su valor.

Lo importante es que todos entendamos la idea que desea transmitir, esto es, que Dios es siempre bueno para con su pueblo, para con los limpios de corazón. Ese es el planteamiento; pero en nuestro estudio de este salmo en concreto nos concentraremos en el método, la forma por la que este hombre llega a esa conclusión. Lo que tiene que decirnos se puede resumir de esta forma: partió de este planteamiento en su experiencia religiosa; luego se extravió; luego volvió de nuevo. Los Salmos nos

son de tanto valor porque analizan esas experiencias. Todos hemos tenido ese tipo de experiencia en nuestras propias vidas. Nuestro punto de partida es correcto; luego algo sale mal y parece como si lo perdiéramos todo. El problema es cómo regresar al principio. Lo que hace este hombre es mostrarnos cómo volver al punto donde el alma halla su verdadero equilibrio.

VOLVER AL EQUILIBRIO

Este salmo es solo un ejemplo de ello. Vemos muchos otros que hacen exactamente lo mismo. Pensemos, por ejemplo, en el Salmo 43, donde hallamos al Salmista en una situación parecida. Se habla a sí mismo y dice: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí?”. Se habla a sí mismo, se dirige a su propia alma. Ahora bien, eso es precisamente lo que hace en el Salmo 73, solo que aquí lo desarrolla y lo presenta de una forma de lo más extraordinaria.

Este hombre nos lo dice todo acerca de esta experiencia en particular por la que ha pasado. Nos dice que fue terriblemente sacudido y que estuvo a punto de caer. ¿Cuál era el origen de su problema? Simplemente que no acababa de entender los caminos de Dios con respecto a él. Se había vuelto consciente de un doloroso hecho. Él vivía una vida piadosa; limpiaba su corazón, nos dice, y lavaba sus manos en inocencia. En otras palabras, practicaba una vida piadosa. Evitaba el pecado; meditaba en las cosas de Dios; dedicaba tiempo a orar a Dios; tenía por costumbre examinar su vida, y cuando quiera que hallaba un pecado lo confesaba a Dios apenado, y buscaba el perdón y la restauración. Este hombre se dedicaba a una vida que fuera agradable a ojos de Dios. Se aparta-

ba del mundo y de sus efectos contaminantes; se apartaba del mal y se entregaba a vivir una vida piadosa. Sin embargo, a pesar de hacer todo esto, estaba experimentando un gran número de problemas: ***“He sido azotado todo el día, y castigado todas las mañanas”***. Estaba pasando por momentos muy duros y difíciles. No nos dice exactamente lo que le sucedía; quizá se tratara de una enfermedad o de problemas familiares. Independientemente de lo que fuera, se trataba de algo muy doloroso y penoso; sufría una gran aflicción. De hecho, parecía como si todo fuera mal y no hubiera ni una sola cosa positiva.

EL PROBLEMA DE LOS IMPÍOS

Ahora bien, eso ya era lo suficientemente malo de por sí. Pero eso no era lo que de verdad le preocupaba y le angustiaba. El verdadero problema era que veía un extraordinario contraste al observar a los impíos. “Todos sabemos —decía— que estos son hombres impíos, todo el mundo ve que son impíos. Pero ellos prosperan en el mundo, sus riquezas aumentan, no tienen congajas por su muerte, sino que su vigor está entero, no tienen problemas como los demás”. Nos ofrece una descripción de ellos en su arrogancia, su falsedad y su blasfemia. Nos proporciona la imagen más acertada de toda la literatura con respecto al supuesto hombre de éxito del mundo. Hasta describe su postura, su aspecto altanero, con los ojos saltones por su gordura, y su corona de soberbia. ***“Se cubren de vestido de violencia”***, dice; ***“logran con creces los antojos del corazón”***; ***“hablan con altanería”***, qué descripción más acertada.

Y esto no solo es cierto de los contemporáneos del

Salmista, sino que vemos a ese mismo tipo de persona en la actualidad. Hacen afirmaciones blasfemas acerca de Dios. Dicen: “*¿Cómo sabe Dios? ¿Y hay conocimiento en el Altísimo?*”. Nos hablas de tu Dios, dicen; no creemos en Él, pero míranos a nosotros. Todo nos va bien. ¡Pero mírate a ti mismo, tú que eres tan piadoso, y observa todo lo que te sucede! Bien, esto es lo que afligía y turbaba a este hombre. Creía que Dios era santo, justo y verdadero, alguien que interviene por su pueblo y lo rodea con sus cuidados y sus maravillosas promesas. Su problema consistía en reconciliar todo esto con lo que le sucedía a él y, más aún, con lo que sucedía a los impíos.

Este salmo es la declaración clásica acerca de este problema en particular: los caminos de Dios con el hombre, especialmente los caminos de Dios con su propio pueblo. Esto es lo que confundía al salmista al contrastar su suerte con la de los impíos. Y nos relata su reacción a todo eso.

LA PERPLEJIDAD ANTE ESTE TIPO DE SITUACIÓN NO TIENE NADA DE SORPRENDENTE

Ahora bien, contentémonos por ahora con extraer algunas lecciones generales, aunque muy importantes, de todo esto. El primer comentario que hemos de hacer es que la perplejidad ante este tipo de situación no tiene nada de sorprendente. Diría que esto es un principio fundamental, puesto que estamos hablando de los caminos del Dios todopoderoso, y en su libro nos ha dicho muy a menudo: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos” (Isaías 55:8). La mitad de nuestro problema se origina en el hecho de no comprender que este es el punto de parti-

da básico. Creo que muchos de nosotros nos buscamos problemas simplemente porque olvidamos que nos estamos enfrentando a la mente de Dios, y que la mente de Dios no es como la nuestra. Deseamos que todo sea sencillo y hecho a medida, y creemos que nunca deberíamos tener problemas o dificultades. Pero si hay algo que se enseñe en la Biblia con más claridad que ninguna otra cosa es que ese nunca es el caso en nuestra relación con Dios. Los caminos de Dios son siempre inescrutables; su mente es infinita y eterna, y sus propósitos son tan grandiosos que nuestras mentes pecadoras son incapaces de entenderlos. Cuando semejante ser obra en nosotros, pues, no debería sorprendernos si, en ocasiones, ocurren cosas que nos confundan.

Tendemos a pensar, por supuesto, que Dios debería bendecir a sus hijos siempre, y que nunca deberían ser castigados. ¡Cuán a menudo lo hemos pensado! ¿No lo pensamos durante la guerra? ¿Por qué permite Dios la continuidad de ciertos tipos de tiranía, especialmente las que son completamente impías? ¿Por qué no acaba con todas ellas y derrama sus bendiciones sobre su propio pueblo? Esa es nuestra forma de pensar. Pero se basa en un error. La mente de Dios es eterna, y los caminos de Dios se encuentran tan infinitamente por encima de nosotros que hemos de partir de una disposición a no entender todo lo que hace de forma inmediata. Si partimos de la otra presuposición, que todo debe estar claro, pronto nos veremos en la situación en que se encontró este hombre. No sorprende que al considerar la mente del Eterno haya ocasiones en que tengamos la impresión de que las cosas ocurren precisamente al contrario de cómo pensamos que deberían ocurrir.

LA PERPLEJIDAD NO ES PECADO

Permítaseme plantear una segunda idea. La perplejidad en esta cuestión no solo no es sorprendente, deseo recalcar que tampoco es un pecado. Ahí, por otro lado, tenemos algo muy reconfortante. Hay personas que dan la impresión de que piensan que los caminos de Dios son siempre claros y manifiestos; parecen poder razonar siempre de esa forma, y el cielo para ellos siempre está despejado, y son siempre felices. Bien, lo único que puedo decir es que son completamente superiores al apóstol Pablo, puesto que en 2 Corintios 4:7 (LBLA) nos dice que estaba “perplejo, pero no desesperado”. La perplejidad no es un pecado en sí, puesto que nuestras mentes no solo son finitas, sino que también están debilitadas por el pecado. No vemos las cosas claramente; no sabemos lo que es mejor para nosotros; somos incapaces de ver a largo plazo; por lo que es muy normal que estemos perplejos.

Ahora bien, aunque eso no es un pecado dentro de lo que cabe, hemos de apresurarnos a decir que la perplejidad siempre abre la puerta a la tentación. Ese es el verdadero mensaje de este salmo. Es válida hasta cierto punto, pero tan pronto como caemos en este estado de perplejidad, y nos detenemos en él un momento, ya tenemos la tentación a nuestra puerta. Está preparada para entrar, y antes de que nos demos cuenta, ya la tendremos dentro. Y eso es lo que le sucedió a este hombre.

Eso nos lleva a lo que nos dice el Salmista acerca del carácter de la tentación y lo importante que es reconocerlo. La tentación puede ser tan poderosa que no solo golpee al más grande y fuerte de los santos, sino que también le haga caer. “En cuanto a mí —dice este hombre de

Dios—, en cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos”.

“Pero eso era en el Antiguo Testamento —dirás—, y el Espíritu Santo no estaba presente como ahora. Ahora nos encontramos en la era cristiana, mientras que este santo de Dios no lo estaba”. ¡De acuerdo, si así lo prefieres, se puede expresar con las palabras del apóstol Pablo: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12)! Pablo, en su explicación de la posición cristiana a los corintios, recurre a un ejemplo del Antiguo Testamento; y para que algunos de aquellos corintios de gran categoría no dijeran: hemos recibido al Espíritu Santo, no somos así, dice: “El que piensa estar firme, mire que no caiga”. Quien no ha descubierto aún el poder de la tentación es el mayor principiante en las cuestiones espirituales. La tentación puede llegar con diversos grados de poder y fuerza. La Biblia enseña que a veces azota hasta al más espiritual como un verdadero huracán que arrasa todo lo que encuentra, con un poder tan devastador que hasta un hombre de Dios se ve casi superado por ella. ¡Tal es el poder de la tentación! Pero permítaseme utilizar de nuevo las palabras del Apóstol: “Vestíos de toda la armadura de Dios” (Efesios 6:11). Porque la necesitamos al completo. Si queremos mantenernos firmes en el día malo hemos de estar completamente vestidos con toda la armadura de Dios. El poder de nuestro enemigo solo es inferior al de Dios mismo. Es más poderoso que ningún hombre que haya existido; y los santos del Antiguo Testamento cayeron ante él. Tentó y puso a prueba al Señor Jesucristo hasta llevarle al límite. Nuestro Señor le derrotó, pero Él es el único nacido de mujer que le haya vencido. Vuelve a leer este salmo y

verás que la tentación le llegó a este hombre cuando menos se lo esperaba. Le llegó como resultado de lo que le estaba sucediendo, entró por la puerta que dejaron abierta los problemas que estaba experimentando, y por el contraste entre eso y la vida exitosa y aparentemente feliz de los impíos.

EL EFECTO CEGADOR DE LA TENTACIÓN

El siguiente punto que cabe señalar con respecto a la tentación es su efecto cegador. Lo más extraño de la tentación es la forma en que, sometidos a su influencia y su poder, se nos lleva a hacer cosas que serían completamente impensables de nosotros en condiciones normales. El Salmista lo expresa de esta forma, y advirtamos que sus palabras son casi un sarcasmo a sus propias expensas. Consideremos el versículo 3: *“Porque tuve envidia de los arrogantes”*. “¿Sabes? —parece decir—, me cuesta ponerlo por escrito por la vergüenza que me produce. Pero tengo que confesar que hubo un momento en que yo, que tantas bendiciones he recibido de Dios, tenía envidia de esos impíos”. Solo el efecto cegador de la tentación nos permite explicarlo. Nos ataca con tal fuerza que perdemos el equilibrio y perdemos la capacidad para pensar con claridad.

Ahora bien, no existe nada de una importancia más vital en la lucha espiritual que ser conscientes de que nos enfrentamos a un poder de esa envergadura, y que no podemos permitirnos bajar la guardia ni un solo momento. Es algo tan poderoso que puede hacernos ver exclusivamente lo que desea que veamos, y olvidar todo lo demás. ¡Ese es el efecto cegador de la tentación!

Por otro lado, no debemos olvidar la astucia de

Satanás. Se nos acerca de manera aparentemente amistosa. Es obvio que había abordado al salmista exactamente de esa forma. Dijo: “¿No crees que estás limpiando tu corazón en vano y lavando tus manos en inocencia?”. Tal como expresa el conocido himno a la perfección:

*¿Siempre el ayuno y la vigilia?
¿Siempre velando y en oración?*

“Eso es lo que parece estar haciendo —dice el Diablo—. Parece como si estuvieras dedicando tu tiempo a la abnegación y la oración. Hay algo erróneo en tu actitud. Crees en el Evangelio, ¡pero mira lo que te está pasando! ¿Por qué estás pasando por estos momentos difíciles? ¿Por qué te está tratando Dios de esta forma? ¿Es esa la vida cristiana que defiendes? Amigo mío —dice—, estás cometiendo un error; te estás infligiendo un grave daño y perjuicio; no estás siendo justo contigo mismo”. Qué terrible astucia hay en todo ello.

Por otro lado está la aparente lógica del alegato que presenta la tentación. Cuando se nos acerca con su efecto cegador parece verdaderamente inocente y razonable. “Después de todo —le lleva a decir al salmista—, estoy viviendo una vida piadosa, y esto es lo que me sucede. Esos otros hombres están blasfemando contra Dios, y hablan con ‘altanería’, diciendo cosas que no se deben pensar, y mucho menos decir. Sin embargo, prosperan grandemente; a todos sus hijos les va bien; logran con creces los antojos del corazón. Mientras tanto yo sufro justo lo contrario. Solo se puede sacar una conclusión”. Si se mira desde el punto de vista humano parece un alegato incontestable. La tentación siempre se caracteriza

por eso. Nadie caería en la tentación de no ser así. Es por su plausibilidad, su poder, su fuerza, lo aparentemente incontestable de su alegato. Sabes que no hablo de forma teórica. Todos lo hemos experimentado; si no es así, no somos cristianos. Esta es la clase de cosas a las que está sometido el pueblo de Dios. Debido a que son el pueblo de Dios, el Diablo los convierte en objetivo prioritario y aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para hacerlos caer.

Señalaría aquí que ser tentado de esa forma no es pecado. Debemos tener esto claro. El hecho de que nos asalten esos pensamientos y se insinúen en nuestras mentes, no significa que seamos culpables de pecar. Aquí tenemos nuevamente algo de la mayor importancia en toda la cuestión de la lucha espiritual. Hemos de aprender a establecer una distinción entre la tentación y el pecado. No podemos controlar los pensamientos que introduce el Diablo en nuestra mente. Él los pone ahí. Pablo habla de los “dardos de fuego del maligno”. Ahora bien, eso es lo que le había estado sucediendo al salmista. El Diablo había estado arrojándoselos, pero el mero hecho de que hubieran asaltado su mente no significa que fuera culpable de pecar. El Señor Jesucristo mismo fue tentado. El Diablo introdujo pensamientos en su mente. Pero no pecó, porque los rechazó. Nos llegarán pensamientos y quizá el Diablo nos empuje a pensar que hemos pecado por el hecho de que esos pensamientos hayan ocupado nuestra mente. Pero no son pensamientos nuestros, pertenecen al Diablo, él los puso allí. Fue Billy Bray, aquel ingenioso hombre oriundo de Cornualles, quien lo expresó a su original manera cuando dijo: “No se puede evitar que el cuervo te sobrevuele

la cabeza, ¡pero sí se puede evitar que anide en tu pelo!”. Afirmo, pues, que no podemos evitar que se insinúen pensamientos en nuestra mente; la cuestión es lo que hacemos con ellos. Hablamos de pensamientos que nos “cruzan” la cabeza, y mientras esto sea así, no serán pecado. Pero si los acogemos y estamos de acuerdo con ellos, se convierten en pecado. Insisto en esto porque muchas veces me he encontrado con personas que experimentan una fuerte angustia debido a que les han llegado pensamientos indignos. Pero lo que yo les digo es lo siguiente: “Escuche lo que me está diciendo. Dice que le ‘ha llegado’. Bien, si eso es cierto, no es culpable de pecado. No dice: ‘He pensado’; dice: ‘Me ha llegado el pensamiento’. Eso está bien. Le llegó la idea, y procedía del Diablo, y el hecho de que la idea viniera del Diablo significa que usted no es necesariamente culpable de pecar”. La tentación no es un pecado de por sí.

DEBEMOS SABER CÓMO ENFRENTARNOS A LA TENTACIÓN CUANDO NOS LLEGA

Eso nos lleva a una última cuestión vital: debemos saber cómo enfrentarnos a la tentación cuando nos llega, debemos saber cómo manejarla. Ciertamente, en un sentido, todo el propósito del autor se reduce a decirnos esto. Solo hay una forma de estar completamente seguros de haber afrontado la tentación correctamente, y es que lleguemos a la conclusión correcta. Empecé por eso y acabaré con ello también. El gran mensaje de este salmo es que si tú y yo sabemos lo que hacer con la tentación podemos convertirla en una gran fuente de victoria. Cuando pasamos por un proceso de esta índole, podemos acabar en una posición de mayor fortaleza que

aquella con la que comenzamos. Quizá hayamos estado en una situación en que “por poco resbalaron nuestros pasos”. Eso no importa siempre y cuando al final lleguemos a esa gran cima en que podamos presentarnos cara a cara ante Dios con una seguridad de la que carecíamos. Podemos utilizar al Diablo y todos sus ataques, pero hemos de aprender a manejarlo. Podemos convertir todo esto en una gran victoria espiritual, de tal forma que digamos: “Bien, tras pasar por todo esto, ahora he llegado a ver que Dios es siempre bueno. Tuve la tentación de pensar que en ocasiones no lo es; ahora veo que estaba equivocado. Dios es siempre bueno en todas las circunstancias, de todas las maneras y en todo tiempo, independientemente de lo que me suceda a mí o a cualquier otra persona”. “He llegado a la conclusión —dice el Salmista— de que *‘ciertamente es bueno Dios para con Israel’*”.

¿Estamos todos dispuestos a decir eso? Quizá alguno esté pasando por este tipo de experiencia en este momento. Quizá las cosas te vayan mal, quizá estés pasando por un momento difícil. Puede que estés recibiendo un golpe tras otro. Has estado viviendo una vida cristiana, leyendo tu biblia, trabajando para Dios y, sin embargo, los golpes se han ido sucediendo. Todo parece ir mal; quizá hayas sido *“azotado todo el día, y castigado todas las mañanas”*. Los problemas se han acumulado. Ahora bien, solo quiero hacerte una sencilla pregunta: ¿Puedes decir en vista de todo eso: “Dios es siempre bueno”? Sí, aun en vista de lo que te está sucediendo, aun cuando ves prosperar a los impíos. A pesar de la crueldad de un enemigo o la traición de un amigo, a pesar de todo lo que te está ocurriendo, ¿puedes decir: “Ciertamente es bueno

Dios; sin excepciones; sin matizaciones”? ¿Puedes decir tal cosa? Si no puedes, eres culpable de pecar. Quizá hayas sentido la tentación de dudar. Eso es comprensible, no es pecado. La pregunta es: ¿Has sido capaz de hacer frente a la tentación? ¿Has podido repelerla y expulsarla de tu mente? ¿Has podido decir: “Dios es siempre bueno”, sin la menor reserva? ¿Puedes decir: “Todo ayuda a bien”, sin vacilación alguna? Esa es la prueba. Pero permíteme recordarte que, si bien el Salmista dice: “Dios es siempre bueno para con Israel”, se cuida de añadir: ***“Para con los limpios de corazón”***. Ahora bien, hemos de ser cuidadosos. Hemos de ser justos con nosotros mismos, y hemos de ser justos con Dios. Las promesas de Dios son grandes y lo cubren todo, pero siempre tienen esta condición: ***“Para con los limpios de corazón”***. En otras palabras, si tú y yo estamos pecando contra Dios, Dios tendrá que ocuparse de nosotros, y será doloroso. Pero Dios sigue siendo bueno con nosotros aun cuando nos castiga. Si no experimentamos el castigo, somos “hijos bastardos”, tal como nos recuerda el autor de la Epístola a los Hebreos. Pero no olvidemos que si queremos ver esto claramente hemos de ser limpios de corazón. Hemos de tener la “verdad en lo íntimo” de nosotros, y no debe haber ningún pecado oculto, porque “si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado”. Si no soy honrado y veraz con Dios, no tengo derecho a reclamar ninguna de las promesas. Si, por otro lado, mi único deseo es reconciliarme con Él, puedo decir sin la menor duda que “Dios es siempre bueno para con Israel”.

En ocasiones pienso que la mismísima esencia de la posición cristiana, y el secreto de una vida espiritual exi-

tosa, es simplemente comprender dos cosas. Se encuentran en los dos primeros versículos: *“Ciertamente es bueno Dios para con Israel, para con los limpios de corazón. En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos”*. En otras palabras, debemos tener una confianza absoluta en Dios, y una confianza nula en nosotros mismos. Mientras tú y yo estemos en la posición de servir a Dios en espíritu, todo estará bien. Eso es ser verdaderamente cristianos: por un lado una confianza absoluta en Dios, y por el otro una confianza nula en nosotros mismos y en lo que hagamos. Si nos vemos de esa forma, significa que siempre miraremos a Dios. Y en esa posición no fracasaremos jamás.

Que Dios nos conceda gracia para aplicarnos a nosotros mismos algunos de estos sencillos principios, y al hacerlo, recordemos que tenemos el ejemplo más grandioso de todo ello en nuestro bendito Señor mismo. Le veo en el huerto de Getsemaní, al mismísimo Hijo de Dios, y le oigo pronunciar estas palabras: “Padre, si es posible”. Había perplejidad. Preguntó: ¿No existe ninguna otra forma, es esta la única manera de salvar al género humano? La idea de que el pecado del mundo se interpusiera entre Él y su Padre le confundía. Pero se humilló a sí mismo. Esta perplejidad no le hizo caer, simplemente se puso en manos de Dios, y le dijo a efectos prácticos: “Tus caminos son siempre correctos, Tú eres siempre bueno, y sé que lo que me vas a hacer también lo es porque Tú eres bueno. No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *La fe a prueba*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!